

co mas de un real. Velaba casi toda la noche pasándola en oracion y en meditar la Sagrada Escritura; y en el corto descanso, que por necesidad concedia á su cuerpo, no tenia otra cama que el duro suelo.

Rayó tan alto su amor á la castidad, que no satisfecho con evitar las caidas contrarias á esta virtud, pretendió librarse hasta de las mismas tentaciones. Era todavía joven, y como por su estado se veia muchas veces en la necesidad de tratar con personas de otro sexo, arrebatóle su fervor y con la poca esperiencia, propia de su edad, tomó á la letra lo que el Evangelio dice de los eunucos que se hicieron tales para alcanzar el reino de los cielos; y con sus propias manos realizó aquel mal entendido consejo. No obstante el cuidado con que procuró guardar el secreto, la accion llegó á noticia de su obispo Demetrio, que se la afeó, aunque por entonces juzgó aquella sencillez digna de indulgencia, y no divulgó el hecho hasta mucho tiempo despues, cuando Teoctisto de Cesarea y Alejandro de Jerusalem ordenaron de sacerdote en Palestina á Orígenes, que tenia ya cuarenta y cinco años. El obispo de Alejandria estaba ya algo disgustado de que los de Palestina le hubiesen hecho predicar en su provincia siendo lego; despues se fué indisponiendo mas y mas con él, delató en un Concilio varios pasages erróneos de sus obras, le depuso por sentencia, le escomulgó, y obligó á que abandonase su morada de Alejandria.

Hasta entonces habia mantenido Orígenes su escuela con una celebridad á que jamás habia llegado antes de él. Su ingenio y sus conocimientos eran universales; enseñaba las bellas letras y la filosofia tan bien como las divinas Escrituras, y atraía á sí un gran número de infieles con el cebo de las bellas artes, para disponerlos ó hacerlos menos contrarios al cristianismo. Fué tanta al

fin la concurrencia, que no bastando él solo para atender á todos, encargó una parte del trabajo á Heraclas, su íntimo amigo, y aun llegó á fiarle el cuidado entero de su escuela cuando se retiró de Alejandria, de donde con el tiempo llegó á ser obispo este mismo Heraclas.

Hubiérase dicho que la presencia de este doctor incomparable, era necesaria para cualquiera obra buena que se hubiese de practicar en la Iglesia, á lo menos en el Oriente. Descarrióse en sus ideas y cayó en la heregia un célebre obispo de Arabia, llamado Berilo de Bostra, que habia gobernado durante algun tiempo su iglesia con edificacion y se habia grangeado mucho renombre con varias obras muy sábias. Hablaba del misterio de la Encarnacion de un modo tan peligroso como nuevo, aunque en términos oscuros (1): mas el fondo de su doctrina era que Jesucristo no habia existido con una diferencia personal antes de la Encarnacion; que no empezó á ser Dios hasta nacer de la Virgen; y que no era Dios sino porque el Padre moraba en él como en los Profetas. De este modo destruía á un mismo tiempo la Trinidad de las divinas Personas y la divinidad de Jesucristo. Reuniéronse en concilio varios obispos celosos para precaver las consecuencias de un escándalo semejante, y aunque disputaron con Berilo no pudieron reducirle. Llamaron á Orígenes que ante todo quiso hablarle en particular y sondear la profundidad de su llaga antes de proceder á la curacion; mas no tardó en conocer que no se trataba de espresiones aventuradas sin malicia, sino que su autor, mas que indiscreto, estaba verdaderamente adherido á la pestilente doctrina que se presentaba en sus escritos. Orígenes, empleando todos los miramientos imagi-

(1) Euseb. lib. 6. histor. cap. 33.

nables, no solo refutó los errores del obispo árabe, sino que sazónó sus razonamientos con tan admirable caridad y dulzura que le hizo conocer la verdad y profesar con nuevo esplendor la fé pura que habia abandonado. Pocos años despues se celebró en Arabia otro concilio contra los hereges llamados simplemente árabes, que creian que nuestra alma muere y resucita con el cuerpo. Aparecieron tambien por el mismo tiempo y en las mismas regiones los hereges valesianos, discípulos del filósofo árabe Valesio, los cuales creian que la libertad del hombre era incompatible con la concupiscencia; y por consecuencia de este absurdo sostenian aquellos extravagantes sectarios que era indispensable y de absoluta necesidad cortar el origen de aquellas tentaciones invencibles, haciéndose eunucos. Asi que todos ellos sin escepcion alguna lo eran, haciéndose tales cuando no lo eran de nacimiento, y aun hay quien asegura que tambien castraban á los extranjeros que iban á su casa.

Orígenes, á pesar de la imprudencia que cometió en su juventud, se mostró siempre contrario á estos errores y refutó la mayor parte de ellos con el mejor éxito. Mas no eran solo sus luces las que le alcanzaban tantos triunfos, porque en las disputas públicas y en las conversaciones particulares nadie podia resistir á los atractivos de su dulzura, afabilidad, modestia y desinterés. Llegaba en este último punto hasta afligir á sus amigos, muchos de los cuales, muy ricos y opulentos, querian proporcionarle al menos algunas conveniencias; pero siempre fué intratable sobre este artículo, y sus protectores lo conocian tanto que á pesar del uso de las donaciones testamentarias, tan comunes en aquel tiempo, nadie de ellos le legó la menor cosa al morir, persuadidos de que no hubiera recibido mejor los legados que los otros dones. Sin em-

bargo, no puede dudarse que Ambrosio, su amigo tan generoso y sincero, que le debia su grande adhesion á la fé y tuvo la dicha de morir mártir, le hubiera dejado algo de sus muchos bienes para pasar la vejez, si no hubiese muerto víctima de la persecucion de Decio, uno de cuyos efectos era la confiscacion de bienes. Pero Orígenes, cautivo, estaba mas espuesto á perder lo que él mismo poseia que en posicion de recibir nada de otro. Orígenes llegó á una edad avanzada, á pesar de haber sido perseguido tantas veces. Entre otras obras compuso un número infinito de cartas muy bien escritas y mas de mil sermones, no por figurar, sino á petición de sus dignos amigos, y en especial de Ambrosio, que sin cesar le estaba manifestando cuán responsable era de su grande talento á Dios y á los hombres. Sin embargo, hasta despues de la edad de sesenta años, no permitió que se copiasen sus homilias ó sus discursos instructivos.

Movido de la necesidad de la Iglesia y de la de los fieles deseosos de instruccion, y á los cuales seducian todos los dias los hereges con sus maliciosas interpretaciones de la Sagrada Escritura, hizo una edicion de esta en seis columnas, á la cual dió por esto el nombre de *Exaplas*. La primera columna contenia el texto hebreo en caracteres hebraicos. La segunda, el mismo texto en letras griegas para los lectores que entendian el hebreo, pero no lo leian fácilmente; porque los griegos, preocupados en favor de su lengua, se aplicaban poco á las extranjeras, y se elogiaba mucho á Orígenes por haber estudiado el hebreo en una edad adelantada con el fin de comprender y enseñar mejor las Sagradas Escrituras, aunque á pesar de esto se dice que fué poco profundo en este idioma. La tercer columna contenia la version de Aquila, el cual de pagano se hizo primeramente cristiano, luego judío por desquite, vertiendo enton-

ces la Biblia en griego con el designio de desacreditar la traduccion de los Setenta y debilitar los pasages relativos á Jesucristo. La traduccion de Simaco, el cual la compuso hácia el año 70 del siglo anterior, comprendia la cuarta columna. Simaco era samaritano de nacimiento, se convirtió al cristianismo y luego abrazó la secta de Ebion. Llenaba la quinta columna la version de los Setenta, esto es, de los setenta y dos intérpretes, aunque solo se cuentan setenta por ser número redondo y completo, cuya version se hizo, como todos saben, en tiempo de Ptolomeo Filadelfo, rey de Egipto, mas de mil doscientos años antes de Jesucristo. La sexta columna la ocupaba la version de Teodocion, quien de discípulo del hereje Taciano, se hizo marcionita y luego judío. Esta tenia su mérito, aunque hecha por un apóstata, y concordaba mucho mas con la de los Setenta que las otras dos, la de Aquila y la de Simaco, y la Iglesia la seguia ya por lo que toca al libro de Daniel. Origenes juzgaba la version de los Setenta la mejor de todas, y solo añadió las otras tres para hacer mas inteligibles ciertos pasages oscuros é intrincados.

Este infatigable doctor compuso ademas las *Octaplas*, las que ademas de lo dicho contenian otras dos traducciones griegas encontradas poco antes, la una en Jericó, casualmente entre otros libros; la otra oculta asimismo en Nicópolis, cerca de Accio en el Épiro, sin que se supiese quiénes eran sus autores: mas las dos traducciones solo contenian ciertos libros particulares de la Escritura y no toda la Biblia.

Emprendió tambien Origenes y concluyó un trabajo de mayor consideracion, esto es, la confrontacion de los Setenta con el testo hebreo. Mezcló en esta obra, con interlineas, los Setenta con el hebreo, señalando con estrellitas todo lo que el hebreo tenia mas que los Setenta, y con rayitas peque-

ñas lo que los Setenta añadian al hebreo, cuya adiccion tuvo por esencial, como á obra de unos traductores inspirados, y aun profetas, en sentir de algunos Padres de la Iglesia.

Y como los diversos ejemplares de los Setenta variaban entre sí, aunque en poquisimos pasages y en cosas de poco momento, se valió Origenes de las otras traducciones, en particular de la de Teodocion, á fin de hallar la leccion de los Setenta mas conforme al hebreo, y por consiguiente la mas auténtica. Tales han sido los inmensos trabajos del talento mas sublime que quizás ha tenido la Iglesia, y tales los desvelos de la misma Iglesia para dejarnos en toda su pureza el sagrado depósito de las Escrituras. No queremos hablar de las *Tétraplas*, que solo contenian una parte de las *Exaplas*, á saber, las versiones de Aquila, de Simaco, de Teodocion y de los Setenta, que sin duda fueron las que mas apreció el autor.

Tambien escribió contra la mayor parte de los herejes, en especial contra los marcionistas y los valentinianos. Contestó á la obra de Celso, filósofo gentil, contra la Religion cristiana; y esta contestacion se ha tenido siempre como una apología del cristianismo, la mejor de toda la antigüedad, ya por su erudicion sagrada y profana, ya por la elegancia y pureza de su estilo, ya por el nervio y fuego de sus espresiones, como tambien por el orden de las materias y la fuerza del razonamiento; de modo que Eusebio, que escribió en el siglo cuarto, remite á esta apología á todos aquellos que desean tener un pleno convencimiento de la verdad de nuestra Religion y penetrarse de cuán frívolo es lo que puede decirse tanto para denigrarla como para deprimirla. Necesitábase empero nada menos que una obra de tanto mérito como la de Origenes para contestar á los escritos de Celso, que con-

tenian á un mismo tiempo lo mas malicioso de los sofismas, lo que el tono magistral y decisivo tiene de mas imperioso, y lo que los artificios del ingenio y la sal de la ironía producen de mas fino para deslumbrar y persuadir. Habia muerto Celso mucho tiempo hacia, probablemente en el imperio de Cómodo; y su libro, con el pomposo titulo de *Discursos de Verdad*, habia pasado siempre sin haber tenido refutacion alguna. Aun Origenes juzgaba por mas conveniente despreciarlo que renovar su memoria, y no se determinó á responder, hasta que ya en una edad madura le obligaron á hacerlo las repetidas escitaciones de su amado Ambrosio: lo verificó en ocho libros, los únicos que tenemos de él contra los paganos, y que hayan llegado hasta nuestros tiempos en su idioma original.

No es comparable el trabajo de esta obra y de todas las demas de que hemos hecho mencion, al de sus comentarios sobre la Escritura. Solo el Evangelio de San Mateo llena veinte y cinco tomos, y compuso mayor número sobre los profetas menores. En fin, comentó toda la Biblia, y este es el primer escritor que haya comenzado esta espinosa senda. Por lo demás, lo que se ha conservado hasta nosotros de los comentarios y sermones de Origenes, apenas se encuentra sino en versiones latinas, y estas muy libres, hechas por Rufino, por San Gerónimo y otros antiguos. En estas obras no deja de observarse un gran fondo de piedad y de doctrina, mas se hallan tambien muchos errores, sobre todo en el infeliz tratado de los Principios.

Origenes se habia propuesto establecer en esta obra los principios bajo los cuales se debia caminar en materia de Religion, y al mismo tiempo destruir fundamentalmente los sistemas heréticos de Valentino, de Marcion y de todos los sectarios; mas dió en el escollo, tan comun en aquel tiem-

po, de las ideas platónicas. Menos adicto de lo que fuera menester á la tradicion Apostólica, y demasiado al humano razonamiento, cuanto mas eminente se hallaba en él esta facultad nobilísima del entendimiento, tanta mayor osadía le inspiró en sus extravíos. Para refutar la doctrina de los dos principios ó de dos autores, uno del bien y otro del mal, estableció como fundamento el libre albedrío en las criaturas y lo sostuvo con pruebas sólidas; mas luego llevó muy lejos las consecuencias, porque sostenia que la desigualdad de las criaturas no es mas que el efecto de su mérito. De manera que, segun esta doctrina, el Criador empezó produciendo iguales todos los espíritus; pero pecó el mayor número de ellos, y á proporcion del peso de sus pecados fueron encerrados en varios cuerpos mas ó menos groseros, creados espresamente para servirles de prision; de ahí los diversos destinos del alma de los hombres, de la de los ángeles, y de la de los astros; porque Origenes creía que los astros estaban animados y los ángeles revestidos de cuerpos muy sutiles. Añade tambien que el alma de Jesucristo es entre todos los espíritus el que se unió mas á Dios por medio de la mas perfecta caridad, y que por esto mereció unirse con él de la manera mas íntima para no desunirse jamás, estándos sujetos todos los demas espíritus á pasar desde el bien al mal y desde el mal al bien. Fascinado Origenes con aquel principio de Platon, de que no pueden dejar de ser medicinales las penas decretadas por un Dios bueno, llega hasta decir que los condenados y los demonios dejarán algun dia de ser los enemigos del supremo Vengador y el objeto de sus rigores.

Tales son los errores principales de este hombre extraordinario, que á la verdad no los espone sino á manera de opinion, sin sostenerlos con pertinacia; por el contrario,

los distingue de la fé recibida universalmente en la Iglesia, á la que mostró siempre una veneracion profunda, lo cual tal vez le hace excusable respecto de los sentimientos de que es autor; porque es de advertir que, ademas de sus errores propios, se habian deslizado en sus inmensas obras otros mas groseros y verdaderamente impíos, de lo cual se queja él amargamente en una de sus cartas, y acusa de estas falsificaciones á los sectarios de su tiempo. Era necesaria en efecto toda la reputacion de Origenes para esponerse á ver alterados sus escritos por mano de semejantes impostores, y hasta sus mismos discípulos, que fueron innumerables, le achacaron sus propias opiniones: asi la copiosa mies de gloria que habia cogido por medio de sus innumerables escritos, fué para Origenes un manantial de pesadumbres en los últimos años de su vida y causó las mas serias turbulencias en lo sucesivo.

Uno de los mas célebres discípulos de Origenes, pero muy diferente de aquellos falsarios, fué San Gregorio, llamado el Taurinense, es decir, obrador de milagros. Era natural de Neocesarea del Ponto, de una familia noble y rica: su padre era pagano, pero Gregorio ó Teodoro, porque tenia ambos nombres, le perdió á la edad de catorce años, y principió desde entonces á adquirir algun conocimiento del cristianismo. Su madre, viéndose viuda, se aplicó con mas ahinco á la educacion de su hijo, y cuidó de hacerle aprender la lengua romana, necesaria para aspirar á los empleos públicos, y de que aprovechase en literatura y elocuencia; y como él tenia una prodigiosa facilidad, hizo en todos estos ramos los mas rápidos adelantamientos, que dieron á sus parientes las esperanzas mas halagüeñas.

En Berito, ciudad de la Fenicia, habia una famosa escuela para instruirse en el

derecho romano, á la que fué enviado Gregorio, por lo cual le fué preciso pasar á Cesarea, y allí tuvo ocasion de oír á Origenes. Su espíritu penetrante y justo supo desde luego apreciar el mérito de un maestro tan cabal; quedóse como encantado en Cesarea, y trabó la mas estrecha amistad con su nuevo maestro, que muy luego le hizo olvidar á Berito y á su misma patria. Origenes por su parte conoció toda la excelencia de las prendas del discípulo, y no omitió diligencia alguna para cultivar su ingenio. Mas para doblegar aquel espíritu, todavía orgulloso, é irle sometiendo poco á poco al yugo de Jesucristo, puso la mayor atencion en ganar insensiblemente su confianza y no hablarle al pronto de la fé cristiana, á fin de no chocar de frente con él. Contentóse al principio este discreto maestro con afeitar en general la ceguera de los mortales que vivian como brutos sin detenerse en reflexionar sobre el origen de su existencia. Cuidó en gran manera de no entrar en disputas con su discípulo, ni quiso vencerle á fuerza de argumentos; mas le mostró un deseo afectuoso de hacerle sólida y verdaderamente feliz. Despues de tenerle asi preparado, quiso tambien purificar su espíritu con los preceptos de la sana filosofia; aplicóle primeramente á la Dialéctica, ó á la rectitud del juicio, acostumbándole á examinar con madurez las pruebas, sin pararse en la apariencia ó artificio de las voces. Luego le dedicó á la Física, esto es, á la consideracion de la sabiduria infinita y de la omnipotencia del Criador en las obras de la naturaleza. Enseñóle tambien la geometria y la astronomia, ciencias tan útiles para la exactitud y elevacion del espíritu; despues la moral, no por medio de áridos silogismos ó una fraseologia vaga y estéril, sino haciéndole reflexionar sobre sí mismo y sobre los movimientos de las pasiones; pero siempre dándole el ejemplo de las virtudes

que recomendaba. Por último, le enseñó la teologia, y le hizo leer cuanto los antiguos poetas y filósofos, asi griegos como estrangeros, habian escrito sobre las cosas divinas, esceptuando los que enseñaban espresamente el ateismo, negando la Divinidad y la Providencia. Este experimentado preceptor no abandonaba á su discípulo en todas sus lecturas, llevábale como por la mano, señalándole lo que cada autor tenia de bueno, precaviéndole contra los pasages peligrosos, y recomendándole sin cesar que no suscribiese en un todo á las opiniones de ningun filósofo por grande que fuese su reputacion, sino á las divinas Escrituras y á sus santos intérpretes, como á la sola fuente en donde se bebe la verdad sin mezcla de errores.

El mismo Gregorio refiere asi la manera con que lo instruyó Origenes, y nos traza el excelente método de este maestro para con todos sus discípulos en general (1). En el discurso que inmediatamente despues de su bautismo escribió en loor de su maestro, nos dá á conocer, no solo la bondad de su propio corazon, sino tambien la pureza de su estilo y lo aventajado de su talento, porque abandonó el paganismo desde el momento mismo en que llegó á conocer la verdad. Eran admirables su rectitud y su candor; en medio de su juventud la pureza de sus costumbres no escitaba menos la admiracion de los que le conocian. Su reputacion en este punto estaba bien sentada aun antes que fuese cristiano, bien que no dejó de sufrir ataques en Alejandria durante la mansion que hizo en esta ciudad en el intermedio de su conversion y la ceremonia de su bautismo. Un dia en que iba conversando con algunos filósofos por un paseo público, presentósele con la ma-

yor impudencia una prostituta pidiéndole el estipendio que afirmaba haber merecido de él: sus amigos, que sabian su conducta en este punto, se indignaron vivamente á vista de tal descaro; mas Gregorio dijo á uno de ellos con admirable serenidad: *dadla alguna cosa en mi nombre para que nos deje en paz.*

Despues de haber acabado sus estudios, volvió á Neocesarea, en donde poseia cuantiosos bienes, y donde sus parientes ocupaban los primeros puestos; mas su amor á la oracion y á la ciencia de los Santos le hizo buscar el retiro; repartió sus riquezas entre los suyos y los pobres, no guardando para sí otra cosa que la fé en la Providencia, pues estaba resuelto á pasar el resto de sus dias en un santo retiro. Empero sus virtudes sobresalientes no podian dejar de llamar la atencion; pensóse muy pronto en nombrarle obispo, y él mudó de morada y anduvo errante por parages retirados, logrando asi por algun tiempo verse libre de aquella dignidad.

Bajo el favorable imperio de Alejandro continuaba la fé haciendo rápidos progresos, el culto cristiano iba adquiriendo de dia en dia mayor esplendor, y se levantaban lugares fijos para las asambleas de los fieles, que fueron los primeros templos que existieron despues de la publicacion de Evangelio. Mas á pesar de esto no dejaban de tomarse precauciones contra los tiempos calamitosos que al fin habian de volver. El Papa Calisto mandó fabricar cerca de la Via Apia el cementerio que tomó su nombre, es decir, uno de los subterráneos llamados Catacumbas, en donde se sepultaban los muertos, y en donde se verá no pocas veces ocultarse los cristianos en las persecuciones siguientes. Aun entonces mismo, no obstante la benevolencia de la córte, no tenian completa seguridad los fieles, porque muchos magistrados les hacian todo el daño

(1) Gregor. Neoces. in Origen.